

Pensamiento social y lenguaje

Juan Luis MARTÍN PRADA

«...cualquier voluntad crítica acaba siempre por ser neutralizada y revertida, reducida a puro dispositivo de legitimación, a mera cháchara diluida en el errático torbellino de los lenguajes, nublado de una falsa tolerancia que todo lo absorbe —porque todo lo desplaza al castillo de la redundancia, del puro ruido, de la falta de consecuencias.

Es por ello que esa cháchara no genera sino, precisamente, más territorios para instalarse la falsa conciencia encubridora de la barbarie civilizatoria que funda, en el mantenimiento del conflicto, a la máquina despótica del capitalismo avanzado...»¹.

En aquel «pienso luego soy», «luego» es el lenguaje. En él, en las posibilidades constructivas de su indeterminación, se han centrado las expectativas que, incumplidas hoy, se esperaban de las vanguardias. Los intentos de transgredir la «vanidad de las convenciones» que desde Wittgenstein está nombrada como frontera del conocimiento se llevan a cabo ahora mediante la exposición de los medios, de la contradictoria y agobiante lógica de los lenguajes. Fuera de estas *poéticas de la indeterminación* sólo parecen quedar abiertas las puertas de la ironía.

* * *

La hipótesis como eje central del pensamiento es una de las características más importantes de la modernidad. Sobre ella se erigen los dominantes epistemológicos que definen la doctrina de la vanguardia, una doctrina que, anegada por la incertidumbre, la duda y la provisionalidad, no pudo evitar perderse en el descubrimiento infinito de lo posible. En su empeño todo vacío en el conocimiento se rellena con hipótesis, haciendo de ellas el falso y único límite de lo real.

Thomas Mann, Ter Braak, Gide, pero sobre todo Proust, nos invitaron a participar en la dolorosa tarea de la construcción de lo meramente posible. Hipótesis y contrahipótesis se alternaban en la tarea descentradora del suje-

¹ BREA, J. L.: 1991. *Las Auras Frías*, Barcelona. Anagrama, p. 179.

to para que éste pudiera, en un concepto distinto del espacio y del tiempo, ser centro simultáneo de perspectivas varias.

La pérdida de credibilidad de los presupuestos modernos no podía tener otra salida que el progresivo abandono del pensamiento hipotético y de todas sus implicaciones. La anticipación, característica del discurso de la vanguardia —discurso que no era infrecuente se anunciara profético—, fue dando paso a los nuevos aires de la precipitación. Las líneas posmodernistas más ambiciosas vieron cómo la hipótesis moderna, disuelta ya frente a un viaje que se anunciaba de la sospecha y de la crítica, era contradicha por la crisis llamada «de lo posible». La nueva poética, en sus manifestaciones más radicales, exhibirá ahora las técnicas y artificios de la duda. La retractación ostentosa y visible y la ceremonia de la corrección serán el hogar de las nuevas carencias. Un enfoque ontológico del hombre y del mundo sustituirá la concepción epistemológica del todo, inservible ante el renacer de un ser que se da, que acontece.

Acertadamente comentaba McHale que sólo era necesario empujar las cuestiones epistemológicas para verlas convertidas en cuestiones ontológicas. Si es cierto que las vanguardias habían llevado las posibilidades del arte hasta el borde, hasta el final del terreno disponible para ellas, este empujón supone su caída al vacío. Una dimensión agobiante, ya ensayada por Beckett, en donde todo acaba negándose, desdiciéndose de haber sido afirmado, de ocupar un espacio, de ser posible o incluso real.

La retractación, concretada como recurso en una corrección veleidosa y múltiple que ahora se muestra y tematiza, se hace especialmente patente en Bernhard, en boca de su wittgensteiniano personaje Roithamer:

«Continuamente nos corregimos y nos corregimos a nosotros mismos con la mayor desconsideración, porque a cada instante nos damos cuenta de que todo (lo escrito, pensado, hecho) lo hemos hecho mal, de que hemos actuado mal, de cómo hemos actuado mal, de que, hasta ese momento, todo es una falsificación, y por eso corregimos esa falsificación y la corrección la corregimos otra vez, y corregimos el resultado de la corrección de esa corrección, y así sucesivamente»².

El pensamiento social en las poéticas, más aunque ambigualmente comprometidas, va a apoderarse de ese vacío, que a pesar de la ausencia de toda enunciación afirmativa, ya no será la blanca hoja mallarmiana —espacio donde todo proyecto surgido de la hipótesis dejaba pasar el tiempo de su realización—, sino una página confusa, tachada por una reescritura que en su vano intento por afirmarse no deja más definición que la de la duda y el arrepentimiento.

² BERNHARD, T.: 1992. *Corrección*. Madrid, Anagrama, p. 290.

* * *

El gran interés por la política que Bernhard atribuye a su persona Roithamer «si no hubiera sido él lo que era, así decía, se hubiera dedicado siempre, y de hecho con la mayor energía posible, al arte de la política...» podría ser considerado falsamente como una muestra más de la razón aporética del nuevo sentir. La pasión excesiva y desmedida por la política «...le gustaba cubrir las paredes con hojas de contenido político...» sólo se entiende desde el momento en «la política» para él es sinónimo de toda acción que el individuo pueda llevar a cabo: «...todo lo que se piensa y por lo que se actúa, decía, es político, tenemos que tratar con un mundo totalmente político, que mueve ese mundo continuamente. En verdad el ser humano, decía, era un ser totalmente político, ya podía hacer lo que quiera y negar este hecho cuantas veces quisiera...». Estas afirmaciones vienen a contradecir la consideración de lo político más restringida y convencional que hace el narrador al inicio, también refiriéndose a Roithamer: «...sus sólidos conocimientos siempre sorprendentes, en todas las demás esferas que no eran las suyas, resultaban desconcertantes. Así, por poner un ejemplo, tenía un conocimiento excepcional de todo lo que, al parecer, no le afectaba ni tenía por qué afectarle, como por ejemplo en la esfera de la política...». En efecto, a él, a Roithamer, un hombre rico, culto y tendente a la soledad, no tenía por qué afectarle tan profundamente la política entendida desde esta última concepción, sin duda referida a ese *Arte de gobernar y dar leyes conducentes a asegurar la buena marcha del Estado y la tranquilidad y el bienestar de sus ciudadanos*, pero sí si ésta es, como parece dejar constancia el propio Roithamer, sinónimo de ese «todo» que no es sino lenguaje.

Todo es político porque «todo» es lenguaje, y de éste depende la transformación social. La insistente corrección planteada por Bernhard asume la más alta cota de significancia política, pues relativiza al máximo los esquemas unidireccionales del lenguaje y la comunicación. El lenguaje que utilizamos habitualmente es con Bernhard sometido a la corrección que anuncia nuevas correcciones de sí misma, metáfora insistente de la necesidad de ampliar el sentido de todo concepto más allá del término que lo designa. La conciencia de que todo puede ser retractado —en Beckett «cada vuelta de frase puede anular todas las afirmaciones que le han precedido»— contribuye también a este proyecto destruyendo, simultáneamente, la estructura determinada del tiempo.

No es extraño que en los artistas que más trabajan en esta línea la preocupación máxima por el lenguaje continúe predominando aun cuando la obra asume argumentos políticos y sociales obvios y evidentes:

«Peter Schjaldahl lo expresó mejor al describir esta distancia entre idea y objeto en la obra de Nauman: *La idea no engarza con los objetos físicos. Los objetos físicos, alusiones y espacios reales o implícitos cuelgan de los distintos órdenes de experiencia. En vano uno anhela concordarlos.*

No se quiere con esto arrojar dudas sobre la sinceridad del compromiso político de Nauman que, desde los últimos setenta, ha sido explicitado muchas veces de forma muy directa tanto en su obra como en las entrevistas públicas. Sin embargo, su claro y desconcertante desinterés y su compulsión por la paradoja se mantienen con firmeza»³.

En efecto, al asumir la obra un «tema» político evidente, la crisis que se pretende someter al propio lenguaje aparece en contradicción con las conclusiones críticas y legibles que se esperan el artista manifieste sobre el argumento que propone. Ese grado de indeterminación sin duda acaba remitiendo de nuevo a la solución lingüística del conflicto. No en vano a Nauman lo que le interesa es sobre todo «el uso irresponsable del lenguaje al servicio de poder político»⁴.

J. Beuys planteaba que sólo «la revolución de los conceptos» puede dar salida a la crisis en la que se encuentra sumido el organismo social. Una salida que sólo se cree posible mediante la *ampliación del lenguaje* que acontece con su extrañamiento. El concepto de lo político queda nuevamente fundamentado en el lenguaje. No en vano se afirma que la regeneración de lo social es una labor dependiente de la comunicación:

«Si analizamos la misión que Beuys asigna al arte desde la perspectiva de distanciamiento de la ciencia social, tiene sentido preguntar por la función que le corresponderá en la sociedad. Si para ello elegimos el puesto de observación de la teoría sociológica sistémica, esta función consiste en abrir perspectivas de comunicación. Al introducir cuñas a los conceptos existentes, el arte dinamita los «topoi», imágenes o incluso paradigmas del lenguaje cotidiano, posibilitando así la variación y el cambio»⁵.

La revolución somos nosotros era el tema propuesto para esa revolución que debe producirse en la propia condición individual. Una revolución que tendrá como fin el enfrentamiento creativo del individuo con el mundo, única acción con capacidad transformadora de lo social, y que sólo encuentra su inicio en la reconsideración del lenguaje. El extrañamiento de los términos y conceptos que intervienen en las acciones de Beuys pretenden crear esa tensión en el espectador que sucede al no poder éste «hallar una explicación en las denotaciones y connotaciones habituales y el inicio de su ampliación». Quizá Paul de Man nos proponía algo similar cuando afirmaba que los textos prometen, pero se equivocan, se desdicen, que leer no puede ser sino un «escuchar con los ojos».

³ BENEZRA, N. (1994): *Nauman en perspectiva*. Catálogo exp. M.N.C.A.R.S.. p. 38.

⁴ *Ibid.*, pág. 37.

⁵ GRABER, Beat Christoph (1994): «Beuysnobiscum», en *J. Beuys*, M.N.C.A.R.S., p. 284.

Esta concepción afirma que la política depende más del cambio, de la mejora de cada individuo y no tanto de proyectos macrosociológicos o de cambios a esperar mediante la crítica al aparato burocrático del poder. El pensamiento social sólo puede desembocar en una reconsideración del lenguaje, pues las posibilidades de emancipación sólo pueden verse propiciadas en la comunicación. En los años ochenta se habló hasta la saciedad del carácter emancipatorio de los *mass media*, de los medios informativos, de la abertura de los canales más amplios de comunicación. Son muchos los artistas que, asumiendo esta nueva posibilidad, abrieron sus trabajos a propuestas que rondan los lenguajes publicitarios para hacer, al menos a sus mensajes, fácilmente comprensibles por el gran público. No era ésta, sin embargo, la postura de Beuys. Estas vías no podrían significar, bajo sus presupuestos, un verdadero enriquecimiento del lenguaje y de la comunicación, sino simplemente una mayor intensidad en la información, una posibilidad de acceso a una comunicación que seguiría estando distorsionada.

Parece como si se quisiera proponer de nuevo la ilegibilidad radical, un extraño silencio que, sin embargo, al igual que algunas de las sillas metálicas colgantes de Nauman, estaría afinado en *dead*. Un silencio que no será ya el del arte de la reticencia, sino el de la mudez patológica, el de la afasia, como si se quisiera insinuar como gesto verdaderamente político el del quedarse perplejo, inmóvil, por la realidad.